

## SER DE LUZ

A Laura Castanedo la conocí una tarde con el sol de La Habana maquillándole el rostro. Hablaba de sor Juana entre arecas y helechos en una fresca terraza del Vedado. Una cascada de colores parecía venirle encima en cada gesto, en cada palabra. Trenzaba versos y pinceladas con la amorosa voluntad de los que juntan y no me quedó otro remedio que seguirla, como quien sigue la voz de un profeta.

Ahora arma un nuevo sueño. Las escasas noticias refieren que batallan el ojo y la mano en el empeño. La imagino como niña entre flores. Ha espantado el cansancio y la tristeza. Se adelanta al invierno con la luz singular que va gestando. Con la luz especial con que ella canta.

El caballo y la espuela, el sol y la guitarra, la música ancestral y el cuero recio se van a colorear en el clamor silente de la creación. Un gemido y un soplo sutiles la alimentan. El susurro del agua entre las hojas se estampará sobre la blancura inocente. Todo el ámbito se inunda de sugerencias con el himno infinito del que sueña.

Desde el bautizo es victoriosa —coronada de lauros, de laureles—, esta mujer que pinta la alborada. Laura de las mañanas y las noches cuando tanto se pudre en la hojarasca, cuando tanto fenece en el intento, cuando tanto se frustra en la penumbra.

Vale la pena entonces contagiarse con las ganas y el aire, que la impulsan. Vale la pena caminar con ella. Buscar el siena, el ocre y el cinabrio, buscar el rojo intenso de la China, los azules de Prusia, los magentas, buscar la luz con Laura y aplaudirla, en reverente gesto cuando pasa, porque es un ser de luz. De esa luz tibia que saben la semilla, la costilla y el beso.

*Raúl Hernández Ortega*

San Antonio de los Baños, noviembre de 2011.